

“Ejército Soñado”

Trump impulsa un “ejército soñado” con 1,5 billones de dólares en medio de récord histórico de deuda

El mandatario estadounidense Donald Trump ha propuesto elevar el gasto militar de su nación en un 50 % para el año 2027. En su visión, una inversión de 1,5 billones de dólares sería suficiente para reforzar las capacidades de las fuerzas armadas en medio de un escenario global marcado por tensiones geopolíticas que amenazan la estabilidad internacional. No obstante, surge la duda: ¿es factible este plan considerando que el país ya carga con una deuda pública de 37,5 billones de dólares?

Cuando Trump reveló su intención de renombrar al Departamento de Defensa como Departamento de Guerra, varios interpretaron el cambio como simbólico o retórico. Con el paso del tiempo, esa percepción se desvaneció. Las operaciones militares en el Caribe y la detención del líder venezolano Nicolás Maduro han servido como señales tempranas de que la Estrategia de Seguridad Nacional no será un documento inerte, sino una hoja de ruta activa.

En un entorno global donde el equilibrio de poderes se redefine constantemente —con el ascenso de un orden multipolar y el declive progresivo del dominio estadounidense—, la administración Trump busca destinar 1,5 billones de dólares a lo que el propio presidente ha descrito como el “ejército soñado” para Estados Unidos.

Según Trump, esa suma —equivalente aproximadamente al 5 % del PIB nacional— permitiría forjar “una capacidad militar sin igual”. El republicano asegura que los ingresos provenientes de los aranceles comerciales, que él afirma alcanzan los 600.000 millones de dólares, harían viable esta inversión. Sin embargo, cifras oficiales cuestionan ese dato: el Centro de Política Bipartidista calcula que en el 2025 los aranceles generaron apenas 288.000 millones de dólares.

“Un presupuesto de tal envergadura no es técnicamente realizable sin acuerdos complejos en el Congreso, especialmente con la oposición demócrata”, comenta José Manuel Aguilar Antonio, especialista en relaciones internacionales y exinvestigador del Centro de Investigaciones sobre América del Norte (CISAN) de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

Incluso si se redirigieran los fondos que antes se destinaban a más de 60 organismos internacionales —entre ellos la UNESCO, el IPCC y la Convención Marco de Naciones Unidas sobre Cambio Climático—, eso no bastaría para cumplir con la meta planteada por Trump, subraya el analista.

Aguilar Antonio también resalta otro gran impedimento: la abultada deuda federal de 37,5 billones de dólares, que cada año pone en riesgo el funcionamiento del Estado al acercarse al límite legal de endeudamiento. “Habrá que volver a elevar el techo de la deuda, un asunto delicado que se arrastra desde la era Obama y que hoy genera fuertes disputas entre republicanos y demócratas”, advierte. Para él, estas tensiones partidistas podrían convertirse en una barrera casi insalvable para los planes del presidente.

Elon Musk, aliado histórico de Trump e integrante de su gabinete con el objetivo de optimizar las finanzas públicas, ha alertado en reiteradas ocasiones sobre el peligro inminente de un colapso fiscal si el gasto continúa sin controles. A pesar de sus advertencias, Trump ignoró sus recomendaciones y lanzó un ambicioso plan de gasto militar que terminó por provocar la renuncia del magnate.

“Mantener un déficit de 2 billones de dólares es insostenible. Hoy, solo los intereses de la deuda superan lo que gastamos en Defensa, y ya invertimos mucho allí”, declaró Musk en febrero del 2025, mientras encabezaba el recién creado Departamento de Eficiencia Gubernamental (DOGE).

Recientemente, el Comité para un Presupuesto Federal Responsable —un think tank independiente— estimó que el “ejército soñado” impulsado por Trump aumentaría en 5,8 billones de dólares la deuda nacional, incluyendo intereses. Además, advirtió que existe el riesgo de que la Corte Suprema declare inconstitucional la política arancelaria del expresidente, lo que eliminaría una fuente clave de ingresos.

Una declaración reciente de Stephen Miller, subdirector del Gabinete de Políticas de la Casa Blanca y cercano asesor de Trump, refleja un cambio drástico en la postura global de Washington: “El mundo real funciona con poder, con fuerza, con violencia. Esas son las leyes inquebrantables. Nadie va a enfrentarse a Estados Unidos por el control de Groenlandia”, afirmó, en clara alusión a los intereses estratégicos de EE.UU. en la región ártica.

Este discurso marcadamente agresivo beneficia directamente al sector armamentístico estadounidense, reconocido como el más poderoso del planeta según el Instituto Internacional de Estudios para la Paz de Estocolmo (SIPRI, por sus siglas en inglés).

Tras el anuncio del megapresupuesto para el 2027, las acciones de las principales empresas de defensa experimentaron un notable repunte. El 8 de enero, Raytheon Technologies subió un 4,4 % en la Bolsa de Nueva York; Lockheed Martin registró un alza del 8 %; Northrop Grumman, del 9,5 %; y Kratos Defense, del 16,4 %.

“El complejo militar-industrial es el verdadero centro de poder en Estados Unidos”, sostiene en entrevista Alejandro Salgó Valencia, doctor en ciencias políticas por la UNAM con especialidad en relaciones internacionales.

Para Salgó Valencia, Trump ha aprovechado los acontecimientos del 2025 —desde la inestabilidad en Medio Oriente hasta la crisis en Venezuela, pasando por la creciente influencia china en Asia-Pacífico— como justificación para impulsar un aumento masivo en el gasto militar.

“Además, EE.UU. ha tenido que movilizar reservas de armamento para apoyar a Israel y Ucrania, lo que ha dejado al descubierto carencias en su arsenal, especialmente en drones, misiles y otras tecnologías modernas”, añade el experto.

De acuerdo con el SIPRI, en el último quinquenio, Estados Unidos ha superado con creces el gasto militar de cualquier otra nación, invirtiendo 997.000 millones de dólares solo en el 2024. Ese mismo año, las 39 empresas de defensa estadounidenses incluidas en el Top 100 mundial reportaron ingresos combinados por 334.000 millones de dólares.

“Estamos ante un regreso del “realismo puro” en relaciones internacionales: todo se reduce al poder bruto, a la demostración de fuerza. En realidad, nunca dejó de ser así; simplemente ahora hay menos hipocresía y más transparencia en las intenciones”, reflexiona Salgó Valencia.

“En 2014, EE.UU. dominaba el mundo en múltiples frentes: político, económico, cultural y militar. El modelo neoliberal parecía inamovible. Hoy, en cambio, vemos un escenario distinto, con una China económicamente sólida y una Rusia con capacidad disuasoria. Y en Venezuela, ya no se habla de imponer democracia ni de ideales liberales: todo se resuelve con hard power”, añade.

Para este analista, los discursos sobre la defensa de valores democráticos en países adversarios han quedado vacíos de contenido. “Lo que estamos viendo es geopolítica en su forma más cruda y directa”, sentencia.